

TÜBINGEN-LUSTNAU

22 – 3 – 2009

GEDENKFEIER FÜR
ELISABETH KÄSEMANN

Raquel Macciucci

Elisabeth Käsemann

Sabemos que el río de la memoria se forma con afluentes ocultos. Corrientes diversas, a veces inesperadas, se encuentran y forman un haz de luz nueva. El pasado se hace presente en parte por azar, en parte por voluntad; alimentado tanto por vivencias individuales como por procesos de rememoración colectivos.

Sin duda hay algo de azaroso en que el 17 Congreso de la Asociación Alemana de Hispanistas se celebre en la misma ciudad donde Elisabeth Käsemann pasó años fundamentales de su vida. Pero no hay nada de azaroso en que este domingo nos hayamos reunido donde ella descansa junto a sus padres, en este lugar de memoria cargado de dulzura y de horror, de fraternidad y de asombro.

También intervino el azar para que entre los miles de enlaces que ofrece el fiel asistente Google con información sobre Tubinga, diera yo con un binomio de inequívoco significado: "desaparecida", "Argentina". Fueron suficientes unas pocas referencias para que comenzara a recordar y armar en la mente el rompecabezas de viejos recortes de prensa con la firma del obstinado y noble luchador Osvaldo Bayer. Los fragmentos hablaban de una ciudadana alemana secuestrada por militares argentinos durante la última dictadura.

No dudé un instante en que de la serie de casualidades debía brotar un gesto pleno contra el olvido y una manifestación de fraternidad y reconocimiento. De inmediato una serie de personas y asociaciones compartieron la idea, tanto en Argentina como en Alemania. Desde entonces el río de la memoria no ha cesado de reescribir con la palpitación del presente la historia ya conocida.

Fue así como en el transcurso de los últimos meses Tubinga y la lejana Buenos Aires comenzaron a dibujarse alrededor de un nombre y un rostro, Elisabeth Käsemann. Con dificultad, los de la orilla de allá, aprendimos a escribirlo y a pronunciarlo; poco a poco, las dos

palabras fueron perdiendo la gravedad de los documentos y de la letra impresa.

Así, el nombre que al principio sonara áspero y ajeno es hoy un apelativo entrañable y familiar; dos semanas atrás varios jóvenes de hoy y adultos de ayer fueron por primera vez al Parque de la Memoria y encontraron su rastro: Elisabeth, *Elisabéth* o Elisa, como seguramente la llamaban en Argentina, una amiga, una compañera, una hermana. Una hermana que concibió la felicidad y la solidaridad como un idéntico impulso, y unió su capacidad de amar y de creer a la de otros seres que tejían los mismos sueños. No importó que mediara un océano entre el remoto país del sur y la calidez de su hogar, ni que para cumplir su propósito debiera abandonar uno de los enclaves más desarrollados y prósperos del planeta.

No podía Elisabeth imaginar jamás de qué manera brutal truncarían sus ideales.

Cuando no es posible narrar lo inenarrable ni explicar lo incomprensible, los rastros tangibles del pasado son un puntal, un testimonio mudo de la infamia. En ocasiones, las huellas materiales de la historia conjuran el olvido con imponentes y sobrecogedoras arquitecturas del horror: los alemanes saben bien del sublime y aleccionador alegato del pasado. Del mismo modo, la evidencia estremecedora de lo inefable puede salvaguardarse en un sitio pequeño y recoleto, en un nombre y unas fechas que preservan una historia personal e intransferible. Pero así como en un vértice se concentra a veces todo el universo, la discreta piedra que señala el destino último de Elisabeth contiene también la memoria de miles de hombres, mujeres, niños, que sufrieron el zarpazo del terrorismo de estado con sello argentino y suramericano.

La vida truncada de Elisabeth, sus padecimientos y las inauditas vicisitudes de sus restos muestran una vez más el perverso método de los genocidas, y a la vez revelan un grado más de su abyección: la ilimitada capacidad de lucrar con su propia infamia y con el dolor de los deudos.

Sabemos que los perpetradores han ensayado distintas estrategias autoexculpadoras. Cuando no practican un descarado y cínico negacionismo recurren el argumento de los iluminados: el cumplimiento del deber y la cruzada patriótica de inspiración divina. Pero, ¿qué falacia pueden inventar para el mercadeo vil con los despojos de una víctima? Los Evangelios ya condenaron el sacrilegio de los soldados romanos que al pie de la cruz jugaron al azar la túnica de Jesucristo ¿Cómo calificar entonces la despiadada extorsión que los asesinos hicieron al Pastor Käsemann? ¿Por qué tuvo que someterse el padre al mercadeo del verdugo para lograr cumplir con el sagrado rito de la inhumación de la hija? In-humación, hermosa palabra que quiere decir –recordemos– entregar los muertos al humus, a la tierra. La excepcionalidad de esta humilde parcela del camposanto de Lustnau es un callado recuerdo de Elisabeth y al mismo tiempo, una evocación de los cientos miles de seres humanos que en mi país fueron privados de su último reposo.

La impunidad, otra punzada añadida a la pérdida, ha comenzado a resquebrajarse en Argentina; no sin costos altísimos e inadmisibles: el hostigamiento y las amenazas habituales a los testigos se cumplieron vilmente en la persona de Julio López, desaparecido desde hace más de dos años después de declarar contra un genocida. Memoria, verdad y justicia no son aspiraciones de rápido y fácil cumplimiento, pero la reapertura de los tribunales para juzgar a los culpables de crímenes de lesa humanidad nos permite estar aquí hoy con la frente un poco más alta.

Después de conocer el ruido de los calabozos y el silencio igualmente lacerante de la madera noble de los altos despachos, después de chocar decenas de veces con los subterfugios de sinuosos gobernantes, quizás es momento de recuperar las calles de Buenos Aires que Elisabeth conoció. Estarán impregnadas de su memoria las aulas de la efervescente universidad argentina de los '70 a la que asistía, las librerías que la fascinaban, el trayecto hasta el barrio suburbano o la villa miseria donde volcaba su generosidad y sus conocimientos. Allí hablaría de calendarios de vacunación,

prevenciones contra el agua no potable, cuidados durante el embarazo... Y hablaría, como no, del Futuro. En esas viviendas humildes –pero menos miserables y más acogedoras que la cruda imagen colgada de la web–, siempre encontraría sobre una mesa con mantel de hule un mate preparado para pasar de mano en mano. Las mismas manos que le habrían brindado un refugio si los salteadores nocturnos del ejército les hubieran dado tiempo y ocasión.

Hay un verso de Borges, perteneciente a un admirable poema dedicado a la ciudad Buenos Aires, que reza "no nos une el amor sino el espanto". El apego a la autoconmiseración de los argentinos lo ha convertido en sentencia válida para las circunstancias más peregrinas. Comparto muy poco la interpretación fatalista y resignada que ha ido adquiriendo el célebre endecasílabo, pero sin duda hubo un tiempo en que el espanto se quedó a vivir en las calles de Buenos Aires y del resto de mi país. Ese espanto, pero también aquel amor que supo prodigar Elisabeth nos congrega hoy en Lustnau. Junto a Elisabeth, en Alemania y en Argentina, unidos por el amor y por el espanto, seguiremos poniendo ecos y voz a su sonrisa.

Post scriptum: hace una semana participé de una visita a la antigua mina de carbón Zeche Zollverein convertida en lugar de memoria. Otra vez el "seguro azar" y la memoria: la guía era una compatriota. Hablamos. Me hizo saber que me encontraba en Gelsenkirchen, la tierra natal de Elisabeth, y que en pocos días más iba a guiar hasta Argentina a un especial grupo de viajeros. Hoy, casi a la misma hora, ese grupo participa en otro acto en recuerdo de Elisabeth Käsemann, organizado junto con una empresa de Buenos Aires recuperada como cooperativa por sus trabajadores.

A veces arroja los dados un dios benévolo que juega a favor de los vencidos.

Raquel Macciucci

Elisabeth Käsemann

Wir wissen, dass der Strom des Gedächtnisses sich aus verborgenen Nebenflüssen speist. Verschiedene, manchmal unerwartete Strömungen begegnen sich und bilden einen neuen Lichtstrahl. Die Vergangenheit wird vergegenwärtigt, teils zufällig, teils gewollt; gespeist von individuellen Erlebnissen wie von kollektiven Prozessen des Erinnerns.

Gewiss wirkt es wie Zufall, dass der 17. Deutsche Hispanistentag in der gleichen Stadt veranstaltet wird, in der Elisabeth Käsemann wichtige Jahre ihres Lebens verbrachte. Aber nicht zufällig haben wir uns diesen Sonntag an dem Ort versammelt, wo sie zusammen mit ihren Eltern ruht, einem Erinnerungsort aus Geborgenheit und Grauen, aus Solidarität und Staunen.

Auch war es Zufall, dass ich unter den tausenden von Webseiten, die der treue Gehilfe Google mit Information über Tübingen anbietet, auf ein Wortpaar mit unmissverständlicher Bedeutung stieß: "*desaparecida*", "*Argentina*". Es genügten einige Anhaltspunkte, damit ich anfang, mich zu erinnern und im Geist ein Puzzle aus alten Presseausschnitten zusammensetzen, unter denen der Name des hartnäckigen und edlen Kämpfers Osvaldo Bayer stand. Diese Bruchstücke sprachen von einer deutschen Staatsbürgerin, welche zu Zeiten der letzten Diktatur von argentinischen Militärs verschleppt worden war.

Ich zweifelte keinen Augenblick lang daran, dass aus dieser Serie von Zufällen eine entschiedene Geste gegen das Vergessen entspringen müsste, eine Bekundung der Solidarität und Anerkennung. Sofort schloss sich eine ganze Reihe von Personen und Vereinen dieser Idee an, sowohl in Argentinien als auch in Deutschland. Seitdem hat der Strom des Gedächtnisses unaufhörlich,

mit dem Herzschlag der Gegenwart, die bereits bekannte Geschichte immer wieder aufgeschrieben.

So kam es, dass sich im Lauf der letzten Monate zwischen Tübingen und dem fernen Buenos Aires ein Name und ein Gesicht, Elisabeth Käsemann, abzuzeichnen begannen. Mühsam lernten wir, die von dort, von der anderen Küste, ihn zu schreiben und auszusprechen; allmählich verloren die beiden Worte die Schwere der Dokumente und der gedruckten Buchstaben.

So ist der Name, der anfangs rau und fremd klang, heute ein lieber und vertrauter Rufname geworden; vor zwei Wochen gingen einige Jugendliche von Heute und Erwachsene von Gestern zum ersten Mal zum *Parque de la Memoria* und fanden dort ihre Spuren: Elisabeth, *Elisabéth* oder *Elisa*, wie die Argentinier sie gewiss nannten, eine Freundin, eine Gefährtin, eine Schwester. Eine Schwester, für die das Glück und die Solidarität aus einem gleichen Impuls entsprangen, und die ihre Liebe vereinte mit dem Glauben an die anderer Menschen, die an den gleichen Träumen arbeiteten. Unwichtig, dass ein Ozean zwischen dem fernen Land im Süden und der Wärme ihrer Heimat lag, unwichtig, dass sie zur Verwirklichung ihres Vorhabens eines der am weitesten entwickelten und am schönsten blühenden Gebiete des Planeten verlassen musste.

Elisabeth hätte es sich niemals träumen lassen, wie brutal ihre Ideale vernichtet werden sollten.

Wenn es nicht möglich ist, das Unerzählbare zu erzählen oder das Unverständliche zu erklären, werden die greifbaren Spuren der Vergangenheit zu einer Stütze, einem stummen Zeugnis gegen die Niedertracht. Manchmal bannen die materiellen Fährten der Geschichte das Vergessen mit großen und überwältigenden Architekturen des Grauens: die Deutschen kennen sich aus mit dem erhabenen und mahnenden Vermächtnis der Vergangenheit. Ebenso kann die ergreifende Evidenz des Unsagbaren sich in einem kleinen und zurückgezogenen Ort zeigen, in einem Namen und Daten, die eine persönliche und nicht übertragbare Geschichte bewahren. Aber so wie sich manchmal das ganze Universum in einem Scheitelpunkt

konzentriert, enthält der diskrete Stein, der die letzte Ruhe Elisabeths bedeutet, zugleich das Gedächtnis tausender Männer, Frauen, Kinder, die der Prankenhieb des Staatsterrorismus argentinischer und südamerikanischer Prägung traf.

Das kurze Leben Elisabeths, ihre Leiden und die unerhörten Verhandlungen um ihre sterblichen Überreste zeigen noch einmal mehr die Perversion der Massenmörder, und legen eine neue Dimension ihrer Niederträchtigkeit bloß: die grenzenlose Fähigkeit, noch aus ihrer eigene Schande und aus dem Schmerz der Verwandten Profit zu ziehen.

Wir wissen, dass die Täter mit verschiedenen Strategien versucht haben, sich selbst von der Schuld zu entlasten. Wenn sie nicht einfach schamlos und zynisch leugnen, berufen sie sich auf das Argument der Erleuchteten: die Erfüllung der Pflicht und der patriotische, gottgewollte Kreuzzug. Aber welchen Trug können sie erfinden, um das gemeine Schachern um die Überreste eines Opfers zu rechtfertigen? Die Evangelien verurteilen das Sakrileg der Soldaten, die am Fuß des Kreuzes um das Hemd Christi wüfeln. Wie soll man dann die unbarmherzige Erpressung nennen, welche die Mörder dem Pastor Käsemann zumuteten? Weshalb musste der Vater auf die Bedingungen des Henkers eingehen, um seine Tochter bestatten, inhumieren zu können, wie es der heilige Brauch will? Inhumation, schönes Wort, das bedeutet – wir erinnern uns: die Toten der Erde, dem *humus*, zu überantworten. Die Einmaligkeit dieses bescheidenen Stückes Erde auf dem Lustnauer Friedhof ist sein stummes Gedenken an Elisabeth und zugleich eine Erinnerung an die hunderttausenden Menschen, denen in meinem Land eine letzte Ruhestätte verweigert wurde.

Die Straflosigkeit der Täter, nach dem Verlust ein weiterer schmerzhafter Stich, ist in Argentinien allmählich keine Selbstverständlichkeit mehr; dies fordert jedoch einen hohen und unzulässigen Preis: die Belästigung der Zeugen und die üblichen Drohungen erreichten einen schändlichen Höhepunkt im Fall des Julio López, der vor mehr als zwei Jahren verschwand, nachdem er

gegen einen der Mörder ausgesagt hatte. *Memoria, verdad y justicia* – die Devise des „*Proyecto desaparecidos*“ – Gedächtnis, Wahrheit und Gerechtigkeit, sind keine rasch und einfach erfüllbaren Ziele, aber die Wiedereröffnung der Gerichtshöfe für Verbrechen gegen die Menschlichkeit gestattet uns heute, einigermaßen erhobenen Hauptes hier zu stehen.

Nach dem Lärm der Kerker und der ebenso verletzenden Stille des Edelholzes in den hohen Amtsräumen, nachdem wir uns Dutzende Male an den Ausreden heimtückischer Regierungen gestoßen haben, ist dies vielleicht den Augenblick, wieder auf die Strassen von Buenos Aires zu gehen, die Elisabeth kannte. Die Hörsäle der brodelnden argentinischen Universität der 70er Jahre, in denen sie saß, werden erfüllt sein von der Erinnerung an sie, die Buchhandlungen, die sie faszinierten, der Weg zum Vorstadtviertel oder das Elendsdorf, wohin sie ihre Großzügigkeit und ihre Kenntnisse wandte. Dort sprach sie wohl von Impfkalendern, von Vorkehrungen gegen untrinkbares Wasser, Betreuung der Schwangeren... Und sie sprach, natürlich, von der Zukunft. In diesen bescheidenen Wohnungen – weniger elend, freundlicher als das harte Bild, das im Internet zu sehen ist –, fand sie immer auf einer Wachstischdecke einen Mate zubereitet, um von Hand zu Hand zu gehen. Die gleichen Hände, die ihr eine Zuflucht gewährt hätten, wenn die nächtlichen Kommandos der Armee ihnen Zeit und eine Chance gelassen hätten.

Es gibt einen Vers von Borges aus einem wunderbaren Gedicht, das er der Stadt Buenos Aires widmet, der lautet "*no nos une el amor sino el espanto*" – uns vereint nicht die Liebe, sondern der Schrecken. Die Neigung der Argentinier zum Selbstmitleid hat ihn in eine Redensart verwandelt, die in den seltsamsten Umständen Anwendung findet. Ich teile zwar nicht die fatalistische und resignierte Deutung, welche dem berühmten Elfsilber zuteil wird, aber es gab sehr wohl eine Zeit, als der Schrecken in den Strassen von Buenos Aires und im übrigen Teil meines Landes hauste. Dieser Schrecken, aber auch jene Liebe, die Elisabeth verschwenderisch zu schenken wusste, versammelt uns heute in Lustnau. Gemeinsam mit

Elisabeth, in Deutschland und Argentinien, vereint von der Liebe und vom Schrecken, werden wir ihre Stimme und ihr Lächeln weiterzugeben suchen.

Postskriptum: Vor einer Woche nahm ich an einer Führung in der alten Kohlemine Zeche Zollverein statt, die zu einem Erinnerungsort umgewandelt wurde. Erneut der „treffsichere Zufall“ und das Gedächtnis: die Führerin kam aus Argentinien. Wir unterhielten uns. Sie erzählte mir, dass wir uns in Gelsenkirchen befänden, dem Geburtsorts Elisabeths, und dass sie in einigen Tagen eine besondere Reisegruppe nach Argentinien führen würde. Heute, fast zur gleichen Stunde, nimmt diese Gruppe dort an einer anderen Gedenkfeier für Elisabeth Käsemann teil, zusammen mit einem Unternehmen aus Buenos Aires, das als Genossenschaft von den Arbeitern übernommen wurde.

Gott wirft seine Würfel manchmal wohlgesinnt, zu Gunsten der Besiegten.





MEMORIA, VERDAD Y JUSTICIA



EBERHARD KARLS
UNIVERSITÄT
TÜBINGEN



17
Congreso de la Asociación Alemana de Hispanistas
Deutscher Hispanistentag

Patrocinadores:
Comisión por la Memoria, Provincia Buenos Aires
17 Congreso de la Asociación Alemana de Hispanistas

Contacto:
Prof. Dr. Raquel Macciucci, La Plata
Dr. Matei Chihaia, Köln